

ubicarme en un espacio distinto al del decir, pues las balas que derriban a King Kong están hechas de palabras y en sus pliegues menos evidentes, o quizá menos evidentes para mí, se ejecuta el asesinato del monstruo. En su indispensable *Los hombres me explican cosas*, Rebecca Solnit firma la sentencia de este texto: “Los hombres me explican cosas, todavía. Y ningún hombre me ha pedido disculpas por explicarme, mal, cosas que yo sé y ellos no”. Si la mujer ni siquiera es dueña del relato de su propia vida, mucho menos lo será de los que circulan por el espacio público. De ahí que no sólo sea necesario poner en suspenso los lenguajes más asentados, dejar de explicar mal, cesar de impostar la voz y de transitar, aunque se ignore, los caminos de Telémaco. También es necesario un cambio de piel, ceder el escenario y el micrófono. Las primeras palabras del libro de Despenes sirven de manifiesto para esta urgente sustitución: “Escribo desde la fealdad, y para las feas, las viejas, las camioneras, las frías, las mal folladas, las infelices, las histéricas, las taradas, todas las excluidas del gran mercado de la buena chica”. Del ejército gorila será la palabra. **U**

EL VENDEDOR DE SILENCIO

ENRIQUE SERNA

UNA ONTOLOGÍA DEL MACHISMO MEXICANO

Eloy Urroz

Samuel Ramos, Octavio Paz, Roger Bartra y algunos más nos han dado su propia visión del mexicano —léase: su psicología, su mitología, sus embelecos y tics, su idiosincracia u ontología, en resumen, una posible anatomía de sus taras, virtudes y supersticiones—. Ninguno de estos ensayos logró, sin embargo, convencerme tanto como lo hiciera una sola novela: *La muerte de Artemio Cruz*, la cual traslada a la ficción lo que Paz quiso hacer con *El laberinto de la soledad*. Digo esto porque lo que, en apariencia, es la verídica historia de un poderoso periodista mexicano, Carlos Denegri, es, en el fondo, la mejor y más incisiva radiografía que se ha hecho de nosotros (los mexicanos) desde la publicación de la novela de Fuentes en 1962. No estoy ni siquiera seguro de que Serna intentara hacer esto —si buscaba o no elaborar una cosmovisión (o patología) del mexicano post-Artemio Cruz—, pero eso es justo



Alfaguara,
Ciudad de México, 2019

lo que, al final, acabó por hacer en esta extraordinaria novela de casi 500 páginas. Lo que parecía ser una biografía novelada bien documentada sobre el más influyente personaje del periodismo mexicano de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, acaba por convertirse en una sinécdoque del mexicano (Denegri somos todos), un mapa incisivo (y francamente terrible) de nuestro clasismo y racismo ancestral. Sirva como botón de muestra esta declaración de principios entresacada a partir de un diálogo que Denegri tiene con Jorge Piñó Sandoval, su reverso, su némesis, uno de esos escasos periodistas que no se vendieron a los poderosos durante los 71 años de priismo: "Nunca supiste darte a respetar, Jorge. Por eso acabaste de burócrata segundón. El que se agacha una vez se agacha toda la vida. ¿No has entendido que en este país sólo se respeta a los chingones?" (p. 355). O bien: "Como muchos hombres con poder, elegí el bando de los chingones para deslindarme de los jodidos [...]. Para nosotros, las leyes no valen nada y el código civil menos que ninguna" (p. 457). Ojo: el que habla es Denegri, el chingón por antonomasia, el defeño aventajado y transa, el criollo o mestizo convencido de que hay que sobajar para no ser sobajado, el burgués que piensa que entre más humille al de abajo más se da a respetar, el eterno prepotente y racista que cada uno lleva dentro y contra el que bregamos (o no) desde que nacemos en México, ora porque lo heredamos, ora porque lo mamamos o bien porque lo emulamos de papá.

Para los que nacimos en los sesenta o después, el nombre Denegri no significa nada. Para los que nacieron antes significa muchísimo. Su voz, sus artículos de opinión en *Excélsior*, sus programas de televisión podían arruinar o ensalzar vidas enteras, destronar o catapultar a políticos corruptos o empresarios, determinar una candidatura o el rumbo político de nuestra nación (por insólito que parezca) y, por eso justamente, había que estar "bien" con Denegri, por ello había que comprar su silencio a como diese lugar. No era tanto lo que denunciara o criticara, sino lo que Denegri se *callaba* y guardaba en su archivero secreto. Sí, en la *venta de silencio* Denegri encontró su mina de poder. La dinámica del "chayotazo" o el "embute" (a según) era simple y hoy se emplea cotidianamente: ora Denegri se alineaba con el poder corrupto en nombre de las instituciones, ora Denegri y su asistente investigaban los puntos flacos de esos politicastros a los que había que esquilmar hurgando, primero, en sus vidas privadas para, acto seguido, amenazarlos con publicar la verdad. Con la venta de su silencio, Denegri se forjó un emporio y, más importante, expandió su radio de poder hasta los mismos presidentes de la república. Fue amigo íntimo de Miguel Alemán y

que digo: "A título personal, él [Denegri] estaba a favor de las luchas obreras, pero desde que entró al juego de los embustes y las iguales tenía dos conciencias: la propia, enmohecida por falta de uso, y otra de alquiler, sujeta a los vaivenes de la política personal" (p. 205).

El otro vértice que hace de *El vendedor de silencio* una novela doblemente acerada con nuestro carácter e idiosincracia nacionales es su incisiva penetración en el machismo de Denegri, es decir: en nuestro ingénito machismo. No ennumeraré las salvajadas y vejaciones cometidas por el periodista, algunas de ellas inenarrables, como la ordalía a la que condena a su criada Damiana, quien, por haber engañado a su marido, es maniatada con un improvisado arnés y amarrada de la cintura y las axilas, para luego ser arrastrada a caballo por Denegri por toda la avenida Sonora hasta Insurgentes:

Estaba vengando a Basilio [su chofer] pero también a sí mismo, a todas las víctimas inocentes de las malas pécoras, de las falsarias con furor uterino que le abrían las piernas a cualquier pelafustán [...]. Maridos, padres, hermanos, todos hundidos en la ignominia por la brama de esas ramerás. El divino placer de hacerse justicia por su propia mano lo embriagaba más que el alcohol y la coca (p. 303).

Y he aquí el centro irradiador de la novela, el cual no es otro que el miedo intestino de Denegri, su inseguridad y el legendario encono a las mujeres, todo lo cual sólo se explica hasta el final, en uno de los capítulos más trágicos de la literatura o de la vida que yo haya conocido. Y digo trágico en el sentido literal (ese "canto del macho cabrío"), donde el héroe en su *pathos* descubre la verdad escondida en un momento de agnición terrible, un suceso revelador tan poderoso que consigue torcer su destino para siempre. Ese dato escondido de la madre y sólo revelado en 1945 — cuando Denegri tiene 34 años de edad y viaja a San Francisco— parece ser, o al menos eso se deduce del diagnóstico-novela de Serna, el resorte que catapultó su incomprensible misoginia. Aquí no contaré el suceso para no estropear el desenlace; sólo concluyo con esta otra confesión que hará al padre Alonso hacia el final de la novela: "Toda la vida he aborrecido en secreto a las mujeres que deseo. Las amo y las temo con la misma fuerza. Cuanto más guapas, menos confianza les tengo. Presiento sus traiciones, y como el que pega primero pega dos veces, me adelanto a ellas con castigos preventivos" (p. 456). No por azar, Denegri morirá balaceado por su esposa, a quien poco antes había él mismo intentado balacear. El que a hierro mata... U